

Comentario del libro *Emigrar* de Claudia Yelín

Alberto Grinberg

Emigrar de Claudia Yelín es un libro singular. Ante todo diría que se trata de un libro de muy difícil clasificación. Es eminentemente autobiográfico, se lee como una novela, tiene ingredientes del género epistolar, y todo ello sin dejar de constituir un tratado psicológico y en gran parte sociológico sobre el proceso migratorio.

Se trata del relato en primera persona de la migración de la autora y su familia, que entrados los años 80 se marcharon de Argentina hacia Estados Unidos.

Esto constituye uno de los grandes méritos del libro: la valentía de la autora que elige acercarse a la temática migratoria desde su propia experiencia personal y familiar, compartiendo con sus lectores los profundos sentimientos vividos durante este proceso. Como una generosa anfitriona que nos abriera las puertas de su casa, Claudia Yelín nos va guiando a través de las vicisitudes de su migración, haciéndonos partícipes de sus vivencias, reflexiones, duelos y elaboraciones. Sin perder el tono coloquial e intimista, con un rico anecdotario muy bien seleccionado y una brillante escritura, aborda el hecho migratorio con profundidad, logrando trascender lo individual, para adentrarse en planteamientos muy lúcidos y en preguntas esenciales, que en muchos casos quedan intencionadamente abiertas.

Puede pensarse esta obra como la historia natural de una migración, o dicho en otras palabras como la evolución *normal* de una migración. El texto recorre las diferentes etapas, poniendo en evidencia los nudos significativos que caracterizan a cada una de ellas. Desde la dificultades y conflictos de la situación dilemática inicial, la decisión de partir, seguida de la absoluta brusquedad de la llegada pasando por las infinitas confrontaciones con la nueva y desconocida realidad. Las pérdidas y los duelos que parecen no tener fin, abren paso a los insospechados recursos personales que afloran cuando se necesitan para responder a los desafíos más acuciantes. Aceptación, adaptación, elaboración, diferentes piezas que van armando un recorrido de re-construcción y reparación. La autora

lo plantea como la búsqueda de un «lugar de amparo» y es una propuesta interesante para sintetizar ese destino, que en los casos más favorables, logra establecerse como horizonte posible de una migración *exitosa*.

Una mirada a los títulos de algunos capítulos nos da buena idea de las cuestiones a las que se fueron enfrentando la autora y su familia, y que constituyen los momentos y los argumentos claves de toda historia migratoria: «La Partida», «Los Primeros Tiempos», «Con los pies bien plantados... en el aire», «Aprendiendo la nueva vida», «Lo inesperado como estilo de vida», «Buscando una medida de seguridad», «Volver a ser lo que era».

Dice Claudia Yelín que su libro está escrito en la doble perspectiva de psicóloga y emigrante. Indudablemente en mi caso no puedo evitar leerlo también en ese doble registro. Muchas de las situaciones que relata, muchos de los pensamientos que las acompañan me son enormemente familiares y tiene para mí una resonancia emocional especial. Evidentemente no existen dos migraciones iguales pero sí hay unos universales que bajo formas distintas se encuentran siempre presentes en todo proceso migratorio. Las historias de este libro evocan otras tantas historias semejantes, algunas que puedo recuperar de mi propia experiencia, otras de relatos de pacientes y otras provenientes de diferentes lecturas, tanto de la bibliografía especializada como de la propia literatura.

Quisiera ahora acercarme a algunas de las problemáticas básicas que se plantean en la migración, y hacerlo tomando como referencia distintos pasajes del libro, donde los conceptos aparecen reflejados con toda la potencia de su carga vivencial.

Este libro da cuenta de mi propio recorrido y del mapa de rupturas en mi propia trama. A pesar de haber experimentado mi partida como un verdadero desgarró, fui descubriendo subsecuentes fisuras a medida que iba padeciendo y procesando su impacto.

En otro párrafo con una metáfora muy sugerente dice:

La vida va revelándose como notas que suben y bajan en un pentagrama con clave para descifrar sus secretos y su armonía... emigrar, dejar el terruño es romper el pentagrama, es separarse irremediamente de la partitura, es saber que la vida seguirá sonando con la misma clave para los que se quedaron, pero uno ha dejado de formar parte de esa continuidad y de esa melodía.

Ruptura, desgarró, fisura... Sabemos que la migración es traumática en muchos sentidos, provocando diversos sentimientos dolorosos, pero tal vez los más profundos y universales sean aquellos relacionados con la literalidad de la palabra trauma, con la idea de ruptura. En casi todos los relatos de emigrantes surge de una u otra forma la imagen de algo que se rompió al partir. Partir es partirse.

En un libro de testimonios de adolescentes exiliados, me pareció interesante observar cómo se referían al exilio, qué palabras elegían para significar ese momento de su vida:

«Creo que nuestra adolescencia se quebró...»; «... me partió el alma.»; «La vida quedó cortada, hachada...»; «... la marca del exilio no termina nunca»

Como vemos, el exilio aparece como un punto de ruptura que crea una profunda brecha o discontinuidad en la historia personal, asociada a vivencias de desgarró y fragmentación.

Aunque no toda migración ocurre en condiciones tan duras y desfavorables como las del exiliado, creo que la imagen de una grieta que crea una irreversible discontinuidad en el curso de la vida es un elemento general. Claudia Yelín con su metáfora del pentagrama no sólo muestra lo inconmensurable de la división creada, sino que también alude a la dolorosa constatación de que uno ha quedado fuera de ese mundo conocido y previsible y aún no tiene pentagramas o notas o herramientas para manejarse en el nuevo. Existe un período de duración variable en toda migración en la cual el *recién llegado* no pertenece ya al mundo que ha dejado y no pertenece todavía al mundo al que acaba de llegar.

Es evidente que todo esto puede suponer una brusca desorganización y constituye una amenaza a los sentimientos de identidad e integración. Lo expresa así Claudia Yelín en una de las cartas a Fernando Ulloa, que se incluyen en el texto:

Me siento un poco fantasma, como si perdiera presencia, como si el vacío se fuera desparramando sobre mí como una marea alta... me echo de menos a mi misma. Añoro una forma de ser, de pensar y de conectarme conmigo.

El proceso migratorio implica una pérdida masiva y repentina de referentes que son soportes de la identidad y ayudan a sentirse uno mismo. La pérdida aunque sea temporal del rol profesional es un elemento especialmente trascendente porque aumenta los sentimientos de inseguridad y depresión, el emigrante no encuentra su sitio, se vuelve anónimo e invisible. De hecho los comentarios leídos anteriormente se refieren al vacío creado por haber tenido que interrumpir, los primeros años, su práctica clínica.

La autora describe muy acertadamente como vivió estos ataques al sentimiento de identidad, pero también da buena cuenta de los recursos elaborativos que fue poniendo en juego para aliviar el dolor y comenzar a procesar los cambios. Buen ejemplo son los párrafos siguientes:

[...] Cuando el mundo cambia de un modo tan drástico, como con la migración, las marcas del mundo externo son más bien rajaduras en la trama que sujeta la identidad. La intención de parecerse a sí mismo en otro lugar es una utopía alienante, especialmente cuando la expresión de uno mismo no es captada por los que lo rodean. Entonces la tarea consiste en procesar ese otro lugar, conocerlo, explorarlo, analizar los materiales que lo constituyen, las nuevas perspectivas, su lógica interna, y no es fácil encontrarse en esta vorágine que compele a reinventarse.

En otro lugar dice:

Con el transcurso del tiempo fui dándome cuenta de que no había entorno capaz de resguardar mi identidad; yo era mi propio entorno y me mandé guardar dentro de mí misma. Comprendí que mi continuidad existencial había quedado dislocada para siempre, pero que este mismo disloque era promotor de efectos no necesariamente negativos. En muchos sentidos mi vida había cambiado tan radicalmente porque se había enriquecido.

En la evolución de todo proceso migratorio es necesario elaborar las angustias de tipo confusional, persecutorio y depresivo que la situación provoca, y que pueden aparecer con grandes variaciones en cuanto a intensidad, duración y evolución. Esto

implica necesariamente pasar por un trabajo de duelo tanto por los objetos perdidos (casa, país, seres queridos, tipo de vida, etc.) como por las partes de uno mismo o partes del *self* que se modifican a partir de la migración.

La adaptación al nuevo lugar y a la nueva realidad depende en gran medida de la capacidad para tolerar esos cambios, sin recurrir a defensas extremas como la negación maníaca que intenta ignorar las diferencias y las pérdidas ni el inmovilismo melancólico que deja al sujeto atrapado en la idealización de aquello que se perdió.

El libro nos habla de la necesidad de *re-construir* un lugar de amparo. Plantea como requisito previo el reconocimiento de todo aquello que la migración ha trastocado. Ya no existe «la pertenencia incondicional», cae la ilusión de «la literalidad compartida», hay una parte de la realidad que se nos escapa y una parte de nosotros que no es registrada por el entorno. Se trata de poder aceptar el estado de inevitable soledad que se ha de transitar. Como sabemos «la capacidad de estar solo» es uno de los rasgos más importantes de madurez en el desarrollo emocional, y es fundamental para el emigrante que ha de empezar un nuevo desarrollo. El espacio de amparo comienza en el mundo interno cuando es capaz de conservar los afectos, la historia y el núcleo de la identidad. El emigrante, como bien explica la autora, es como un niño descubriendo un nuevo mundo pero al mismo tiempo tiene que hacer de padres de sí mismo para procurarse seguridad y amparo. Sólo desde la confianza que poco a poco se va regenerando es posible abrir un espacio de curiosidad, de indagación y de creatividad que permita vivir la migración no sólo desde las pérdidas sino también como una experiencia de crecimiento y enriquecimiento personal.

La autora aborda algunas preguntas eternas del extranjero con una formulación muy sugerente: ¿A dónde es volver? ¿Cuándo se deja de ser emigrante? O dicho de otra manera ¿cuándo se llega? Hacia el final del libro concluye que el *status* de emigrante se puede perder desde el punto de vista legal pero que «en la realidad emocional uno sigue y sigue emigrando porque una vez que partió, aunque llegue nunca llega».

Para terminar no puedo dejar de reseñar una magnífica anécdota que condensa muchas de las reflexiones contenidas en el libro: muy resumidamente se trata del relato de los esfuerzos realizados por Claudia a los pocos meses de llegar a Estados Unidos para preparar un plato típicamente argentino que solían comer antes de emigrar. Cuenta las dificultades idiomáticas y de costumbres que tiene que vencer para comprar los ingredientes y lograr finalmente cocinar unas escalopas (*milanesas* en argentino). Muy emocionada en la mesa proclama «¡Milanesas con papas fritas! ¡Parece Buenos Aires!» A lo que su hija pequeña responde con profundidad: «Parece, parece... pero no parece».

Para el emigrante nada es lo que parece. Cuando parece que uno ya se ha integrado siempre hay algo que delata su *extranjería*; si uno regresa en la ilusión de parecerse a los que se han quedado o a sí mismo antes de partir descubre que ni uno ni el lugar son ya los mismos. Aunque parezca que se está volviendo no existe reversibilidad, siempre el viaje es de ida, y aunque parezca que se ha llegado el viaje continúa, siempre de ida... hacia lo nuevo y desconocido. En una de las cartas del libro se puede leer este comentario: «no me fui en busca de nuevos horizontes pero los encontré». Creo que encontrar lo inesperado es el reverso de todas las búsquedas frustradas.

La migración puede ser una metáfora de la vida pero también puede serlo de todo proceso de cambio y, en particular, por ejemplo, de los tratamientos psicoterapéuticos. También para ellos vale el aforismo de que «nada es lo que parece» y también en ellos deberán caer muchas certidumbres y el individuo habrá que pasar por muchos momentos dolorosos para dar cabida a algo nuevo. Algo nuevo que no coincidirá nunca con lo previamente imaginado porque ha de poder incluir lo inédito y lo inesperado.

Alberto Grinberg

Av. República Argentina, 177, 5° 4ª

08023 Barcelona

Tel. 93 211 18 56

agrinberg@telefonica.net